

# Remendar...

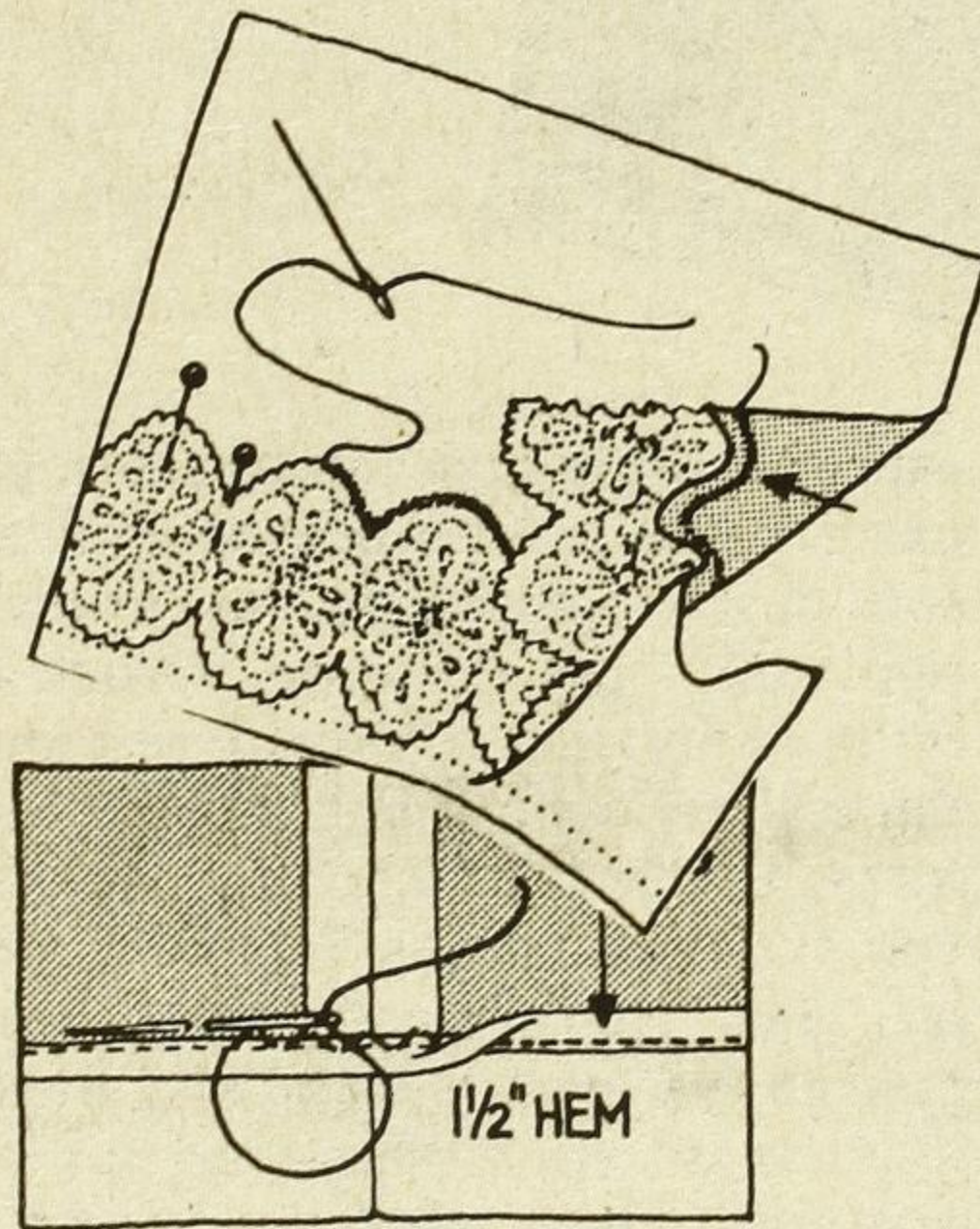
Hace tiempo que las pantimedias cuelgan de la percha para toallas en el pasillo. Cuando paso por allí me asombro de ver las piernas de nylon moverse de lado a lado, como las arañas *Daddy Longlegs*. He dejado allí las medias adrede para que me recuerden que tengo que remendarlas.

¿Remendar pantimedias? ¡Ni que estuviera loca! ¿Quién remienda hoy en día? ¿Qué clase de persona puede ponerse a zurcir medias que cuestan menos de un dólar? ¿Quién tiene tiempo? ¿Quién tiene la vocación de hacerlo? Si fuera más práctica las echaría a la basura y compraría medias nuevas, bonitas, de colores modernos. Pero la cuestión es que de cuando en cuando necesito remendar. Necesito sentir la aguja en mi mano, hacer que algo sirva de nuevo otra vez.

De niña remendaba todo. Le daba nueva vida a mis vestidos favoritos. Como era gordita siempre se me rompía la ropa debajo de las mangas y en la cintura. Aprendí a tener aguja e hilo a la mano. Odiaba remendar calcetines. Jalaba el hilo demasiado y cuando acababa, los calcetines formaban pliegues entre los dedos que hacían doler. Nunca me molestó remendar un fondo roto: traer pedazos de encaje colgando bajo mi vestido almidonado era algo para mí insoponible.

Crecí remendando. Una vez cosí mis zapatos Oxford con hilo de nylon que se usaba para tapizar y una aguja muy grande que me prestó una amiga. Luego los cubrí con Shinola. Parecían nuevos. Aprendí a "salvar" un sweater roto tejiendo las mallas de lana corridas por dentro. Nunca me molestó arreglarme los vestidos que habían sido de mis hermanas mayores. Con cierto orgullo les alzaba la bastilla, ajustaba el cinto o pegaba los botones.

Remendar era parte de la experiencia de emigrantes. Mis padres, quienes emigraron de México, remendaban los dos. Mi mamá cosía ropa, colchas, cortinas, tapetes, mi padre componía cercas caídas, camas flojas, mangueras rotas. Nuestra abuela adoptiva, Doña Luisa, remendaba corazones rotos.



Mis hermanos grandes también remendaban. Emparchaban llantas de bicicletas, tejían de nuevo cables eléctricos de radios viejos, y se obstinaban en cerrar las costuras de la bolsa de boxeo que colgaba del techo del garaje. De vez en cuando daban nueva vida a un carro viejo.

Mis hermanas eran expertas en remendar. A los chaquetones le cambiaban los botones para que el botón non (el que se cosía por debajo) no se notara. Cosían calzones y brassieres rotos. A veces también remendaban la ropa de mis muñecas. Por este favor que me hacían les prometía no irle más con chismes a mi mamá.

Años después, cuando mis hijos rompían pantalones, vestidos o sweaters, doblaba cada prenda dentro de la canasta de costura (comprada en Baja, de color rojo combinada con

una bonita tela tropical que había sobrado de los cojines renovados del sofá). Cuando la canasta casi reventaba de llena, buscaba un programa de televisión, por lo común documental, luego me sentaba a ver y a remendar y remendar.

Me gustaba especialmente igualar el hilo con la tela. Nunca me atreví a coser algo rojo con hilo amarillo o rosa. ¡No! El hilo tenía que ser del mismo color. Y así era. A veces usaba mi máquina de coser para reparar "Holy" jeans, como llamaban mis hijos a sus pantalones rotos. Pero me gustaba sentir la aguja en los dedos, coser de un lado y del otro, hacer algo mágico. Por un tiempo me agradó coserles insignias de uniforme *Girl y Boy Scouts* a mis hijos. Esto no era remendar, pero casi lo era.

Hace tiempo que no remiendo la ropa de mis hijos, hoy ya grandes. Cómo se las arreglan con su ropa, no lo sé. Creo que los muchachos usan *Crazy Glue* o que engrapan el dobléz de los pantalones o que usan *clips* en lugar de botones. Pero mi hija sí remienda. No por necesidad (como lo hice yo) sino por pura costumbre o por hábitos heredados. No es *cool* andar con el tirante del brassier por fuera. Peor, hay que subir las faldas minis más alto, ¡mucho más!

Creo que lo que más extraño es la idea de remendar.

Otra vez paso cerca de las pantimedias. Me invitan a que las tome, las remiende y las guarde. Que las haga servir otra vez, ser útiles. Creo que lo haré. Voy a remendarlas. Hoy. Después las usaré con botas o pantalón. Y después voy a coser el agujero de mi bata, el borde del sofá que ya está roto, la cortina que cuelga de un lado, el... *JHM*

\* De Mary Helen Ponce hemos publicado cuentos en el Núm. 34 de *fem.*, dedicado a *Las chicanas* y en los números de *fem.* 40 (junio-julio 1985) y 44 (febrero-marzo 1986).